

¿Quién asesina a la inocencia?

El pasado domingo 18 de abril E. Ulibarri, director de **La Nación**, en un breve comentario, realizó aportes tanto a la historia del periodismo costarricense como a la ética periodística. En lo histórico, marcó la distancia entre un pasado «en el que los periódicos surgían y se mantenían al calor de intereses políticos» y la actual época, en la que al menos la «prensa responsable» no se define en función de intereses electorales ni abraza causas políticas en menoscabo de la información (**La prensa y las elecciones**, p. 14 A).

En cuanto a la ética, subrayó definitivamente la interlocución y responsabilidad de la prensa ante su público, al que «representa ante los políticos». De esta definición ética derivó, asimismo, reflexiones magistrales: «Por eso a menudo no coinciden las pretensiones del candidato y las decisiones del periodista; por

eso hay que hacer preguntas difíciles, rechazar presiones y soportar asedios de quienes desearían ver a la prensa al servicio de una causa electoral, no de un deber ciudadano». Hermosas y convincentes palabras de un periodista profesional.

Curiosamente, al día siguiente, en el **Foro de La Nación**, el precandidato liberacionista, J. M. Figueres, aportaba con un texto extenso a esta declaratoria de moralidad del Maestro Ulibarri. Entre otras cosas, imposibles de reproducir aquí por razones de espacio, señalaba que su visita al periódico **La Nación** el 2 de abril dio origen a una información en la que: 1) no se presentaron a la opinión pública todas las preguntas y respuestas realizadas; 2) se mutilaron las respuestas; 3) las preguntas formuladas por **La Nación** fueron en su mayoría de política sucia; 4) se empleó un título engañoso; 5) se utilizaron datos falsos y 6) se ilustró

el reportaje (primera plana) con una fotografía trucada del precandidato.

La mala fe del interrogatorio periodístico, apunta Figueres, llevó a que las tres personas invitadas por el diario para asistir al reportaje (una muestra pequeña de lo que el Maestro Ulibarri llama el **público** al que sagradamente se debe el periodista) «se molestaron por haber sido usadas por ustedes (**La Nación**)» e incluso dos se retiraron a la mitad del careo. Figueres insiste mucho en que **La Nación** «falta a la verdad» (es probable que quiera decir que miente) y promueve una imagen negativa de su persona porque no comparte sus posiciones y aspiraciones políticas. Al mismo tiempo, aunque en todo menor enuncia una tesis periodística diversa a la expuesta por Ulibarri. Dice: «Un medio de comunicación puede, en forma transparente, apoyar o adversar a cualquier aspirante presidencial. Sin embargo, daña la democracia cuando lo hace en forma encubierta» (**La Nación confunde lo secundario con lo principal**, p. 16A). Quizás Figueres vive todavía en la época ya superada que Ulibarri describe como una en que los periódicos afilaban armas para punzar al contrario, abrían sombrillas para cobijar al aliado y hacían malabares para impulsar la causa elegida.

Desde luego, el lector y el ciudadano (no son necesariamente los mismos y, por supuesto, no son el «público») quedan perplejos. ¿A quién creerle? ¿Al egregio ciudadano por encima de toda sospecha o al ínclito maestro e historiador de periodismo? Porque si Ulibarri escribe que la prensa independiente debe prepararse para las elecciones con conocimiento, serenidad y valentía, Figueres replica que **La Nación** no es independiente, que ignora o pretende ignorar su propia historia informativa, que es taimada y que juega con la honorabilidad de un hombre de bien. Estamos ante posiciones que no lograría conciliar ni siquiera Rolando Laclé. ¿O es que acaso cuando el ínclito Ulibarri se refería a la prensa

